

cion general que pudo llamarse revolucion.....  
 Despues de aquel dia los negociantes oficiales sa-  
 sisfechos de sus ganancias, Manuel Gonzalez ago-  
 biado por su indefinida depreciacion personal, pro-  
 ducto de la indefinida depreciacion de la moneda,  
 resolvieron retirarla del comercio entregándose en  
 brazos de un postrer especulador llamado Llamedo,  
 á quien, por recoger semanariamente 30,000 pesos  
 en moneda envilecida se le pagaron 20,000 pesos  
 semanarios sacados de las Aduanas. ¡Digna muer-  
 te por explotacion de un negocio que nació y vivió  
 de explotaciones

## CAPITULO VII.

### EL POSTRER AÑO DE UN PRESIDENTE

#### I.

#### Cómo empieza un año triste.

Tan tristemente se cerró aquel año de 1883 cu-  
 yo fin contribuyeron á hacer más triste prisiones  
 decretadas autoritariamente por Manuel Gonzalez  
 y llevadas á cabo en jefes liberales por él considera-  
 dos como simpatizadores más ó menos activos del  
 movimiento de reprobacion que se iba determinan-  
 do más y más en la opinion pública contra su tor-  
 tuosa marcha política. Los generales Vicente Ri-  
 va Palacio, Tiburcio Montiel, Aureliano Rivera,  
 Cosío Pontones y algun otro, fueron los llamados  
 y los escogidos como víctimas de la indignacion  
 presidencial causada por el motin del 21 de Di-  
 ciembre. Se tomó por razon plausible un artículo

de la Ordenanza militar que prescribe á los generales en cuartel la obligacion de presentarse personalmente ú ofrecer sus servicios al jefe de las armas del lugar donde residieren, en caso de alarma; y bajo la especie de que los mencionados habian faltado á esa obligacion el dia del motin, se les encerró en la prisi3n militar de Santiago Tlaltelolco-Destarlatado caseron, viejo ex-convento levantado al Noroeste de la ciudad en árida planicie del Valle, aquel edificio ofreció á Manuel Gonzalez, en sus sombrías celdillas, lo que faltaba á su gobierno para llevar el sello odioso de la tiranía: la masmorra utilizada en castigo y terror de la libertad de la palabra y del pensamiento. Riva Palacio porque habló contra el gobierno en la Cámara, Tiburcio Montiel porque hizo lo mismo en la tribuna de los jurados populares, Aureliano Rivera y Cosío Pontones porque lo hicieron en calles y cafés de la ciudad y algunos más porque se descubrió que pensaban pronunciarse: fueron todos ellos la *carne de calabozo* con que, en mayor ó menor cantidad, necesitan alimentarse todos los déspotas de la tierra . . .

Pero aún más triste llegó el nuevo año de 84

coincidiendo sus principios con plagas, crisis, hechos que afectaron hondamente la realidad de la vida ó siquiera el sentimiento y la imaginacion del pueblo. . . . Suspendióse el pago de las quincenas de los empleados, efecto de la crisis administrativa y causa de la comercial que ya se han apuntado; el *tifo*, epidemia favorecida por la atmósfera palúdica de México, empezó á hacer su terrible cosecha en los hacinamientos humanos de las casas de vecindad; y hombres importantes que representaban un principio ó un resto de virtud cívica se alejaron, unos de la escena política, otros de la faz de la tierra. Ignacio Mariscal, jefe del Ministerio, cansado de prestar su honorabilidad á la direccion nominal de una política sin honra y Jesus Fuentes Muñíz, *honradez pasiva*, pero honradez al fin, abrumado por la infelicidad de su papel de sustentador y responsable de entuertos por él no cometidos, abandonaron sus puestos aprovechando motivos en relacion con ruidosa cuestion internacional y de deuda pública que luego se verá. Casi por el mismo tiempo, D. Ezequiel Montes, el venerable ex-ministro de Justicia, murió llevándose consigo una de las últimas y más puras represen-

taciones de las virtudes republicanas de 57. Y aun no estaban bien frias sus cenizas, cuando Ramon Guzman le siguió á la tumba. . . . El historiador no ha teuido espacio ni oportunidad para detallar, como se proponía, la obra emprendida y llevada á cabo por este hombre. Ella se relacionó con la transformacion del país por el establecimiento de las vías férreas en calles y caminos. Para realizarla dirigiéndola á su propio enriquecimiento no reparó en medios: convirtió en instrumentos de sus intereses á magistrados, diputados, regidores y periodistas haciéndoles servir á la concesion ó aseguramiento de monopolios y privilegios en la explotacion de determinadas empresas, y en este sentido la parte política de su obra fué perniciosa. Pero considerado Guzman en la participacion que tuvo en el ferrocarril Central que abrió el corazon del país á activas comunicaciones con Estados Unidos, representaba él un raro ejemplar de la nueva generacion mexicana entrando á cooperar por sí misma al movimiento de renovacion que le venía de fuera.

Era esa línea del Ferrocarril Central, concluida y empezada á explotar en toda su longitud de 1970 kilómetros en el mes de Marzo de 84, era ella lo

único que en los principios de dicho año pudiera distraer la mirada del observador del general espectáculo de tristeza y miseria. Lo que no obstaba sin embargo, para que esa gran línea de ferrocarril hiciese la impresion de poderosa y palpitante arteria en cuerpo endeble y exánime. . . . Apenas si algunos raros viajeros, felices excepciones de la ruina comun transitaban por la nueva vía. Un pueblo en crisis de pobreza no viaja; se inmoviliza en villas y ciudades, como si á semejanza de Israel esperase para salir á que haya pasado el ángel de exterminio. . . . Así se inmovilizaba la capital de la República y así con su aspecto de inerte y lastimosa calma aparentaba ser víctima de las más terribles plagas. Despues que el tifo se hubo llevado en fúnebre convoy millares de apestados, despues que hombres ilustres ó útiles se alejaron de la vida pública ó fallecieron, despues que las quinzenas de empleados se dejaron de pagar produciéndose el hambre de la clase media y la ruina del Comercio; despues de todo eso, aun siguieron lloviendo plagas sobre tan atribulada sociedad: en los últimos dias del mes de Marzo se expidió una ley de *adiciones* al impuesto del Timbre gravando

sobremuera al comercio ya agobiado por la crisis reinante. Hizo esto que en el curso del siguiente mes de Abril el comercio cerrase sus puertas en son de protesta, y como si no bastasen tantas calamidades, á fines del mismo mes, quebró el Banco del Monte de Piedad, institucion disparatada en sus fundamentos puesto que era á la vez un Banco de emision y un Banco hipotecario, lo cual no podia ser, y no fué,—precipitado á prematura ruina por malas artes de Manuel Gonzalez que utilizó el numerario y las fincas del Banco para objetos ajenos á su instituto, si no para grangerías personales destinadas al fomento de su particular fortuna. . . .

Los empleados sin sueldos, los dependientes de comercio y artesanos sin salario, las tiendas cerradas, la multitud con sus billetes sin valor ante la puerta tambien cerrada del Monte de Piedad y la epidemia haciendo estragos, ¿pueden darse más desgracias á un tiempo?—México pudo decir entónces como Jerusalem: ¡mirad si hay dolor como el dolor mio! . . . Por los mismos dias dió el cielo en tener crepúsculos color de sangre; y á la rojiza luz de uno de esos crepúsculos, en la mañana del 16 de Febrero, tuvo lugar en el interior de la

prision de Belen una ejecucion que habia sido precedida de misterioso proceso. . . . La ejecucion se habia preparado contra un pobre hombre llamado Rosales, acusado de asesinato cometido en la persona de un letrado. La opinion pública en general, no solo la del nécio vulgo, señalaba á Rosales como mero instrumento de otro hombre rico, verdadero autor del asesinato. Se le habia visto á éste entrar y salir en Palacio y estrechar cordialmente la mano del doctor criminalista del Gobierno del Distrito Ramon Fernandez, desplegando ante él y otros hombres el aparato corruptor de su riqueza. . . . El hecho fué que la capital se estremeció á la detonacion de la fusileria, y la aurora sangrienta del 16 de Febrero alumbró el cadáver de Rosales. . . . Pero el otro, el hombre rico, no cayó: siguió viviendo y triunfando, y México todo sintió como si, sobre el azote de las plagas naturales y sociales que le atormentaban, viesse venir el azote de otra gran plaga moral.

## II.

## Monografiemos.

Con esos preludios se inició el año de 84. Era el postrero del Gobierno de Manuel Gonzalez, y como la serie de faustos é infaustos acontecimientos durante él iniciada y desarrollada, gira toda en torno de ese hombre, como su autoridad unitaria solo dividida con el grupo de sus favoritos era la fuente y el foco de donde salian y á donde convergían todas las manifestaciones, sobresaltos, desfallecimientos de la vida social de México en tan crítico período, conviene á esta narracion histórica concentrar por un momento su atencion en esa figura principal, observarla fijamente y ver en sus actos, en sus pasiones, en los detalles de su vida pública y privada causas cuyos efectos se advierten en la situacion general del país.

## III.

## Lo que tenia.

Y ántes de todo, conviene recordar lo que sucedia en México la tarde del 16 de Setiembre de 1882. En un arrabal al Norte de la ciudad celebrábase una extraña ceremonia. Un cura de vulperino aspecto empuñando en la diestra una cuchara de albañil, se tenia de pié frente á un hoyo, una piedra, y un monton de argamasa, rodeado de los miembros del muy ilustre Ayuntamiento y de una multitud de observadores curiosos. . . . luego el cura aquel pronunció algo que un periódico del día siguiente reprodujo bajo el título de *discurso* en estos términos:

“Sesenta y dos años hace que un sacerdote sexagenario (el cura Hidalgo) tomó con su trémula mano el estandarte de la Independencia y dijo: “Quiero la emancipacion de mi patria México.”—Otro sacerdote que ve esta aurora de bienandanza toma hoy lleno de contento el *cuerno de la abundancia* y con el *exquisito licor* que encierra vate la mezcla (argamasa) é invita á las dignas autoridades que rigen

los destinos de México (los regidores del Ayuntamiento) para que pongan la primera piedra de esta colonia que les dedica."

Tras de este *discurso*, el cura moviendo en su mano, no ya un *cuerno de la abundancia* lleno de *exquisito licor*, pues eso era pura metáfora del cura, sino la cuchara de albañil, se inclinó hácia el argamasa, tomó de ella un poco con la cuchara y la presentó al Presidente del Ayuntamiento. . . . Echa éste el argamasa al fondo del hoyo, impele la piedra hácia él, y con esto, segun expresion del periódico narrador, se concluyó la ceremonia *en medio del entusiasmo general*.

Ahora bien: aquel cura era *un padre Violante*, acompadrado espiritualmente con Manuel Gonzalez por razon de bautizo de hijos habidos naturalmente; aquella piedra impelida hácia el hoyo era *la primera* destinada á inaugurar la fundacion de un nuevo barrio ó *colonia* de la ciudad. Ese nuevo barrio se apoyaria, á modo de pequeña dependencia, en otro gran barrio llamado Peralvillo, destinados ambos á formar el feudo particular de Manuel Gonzalez. Habia, al efecto, comenzado á comprar solares, fincas, manzanas enteras de aquel ba-

rrio. Removió las espaldas de granito del vecino cerro del Peñon para hacerlas servir á la construccion de casas y palacios en los terrenos adquiridos, abrió y aderezó ancha avenida que pusiese en cómoda comunicacion el barrio aquel con el centro de la ciudad, y el hombre tuvo sus *dominios ó estados urbanos* como un lord inglés. . . . Por mucho tiempo todavía, el curioso transeunte que pase por esa parte Norte de la ciudad de México, al ver habitaciones, palacios, *alcaicerías* ó casas de vecindad, todas elegantemente construidas, las más con pulidos sillares, denunciando que para su construccion muchos miles de pesos se han derramado, cuando al ver todo eso pregunte á cualquier vecino por su dueño y señor, le contestará: "son las casas de D. Manuel". . . . Se habia buscado un cura para que las consagrara, y el cura cumplió de la manera que se ha visto. . . . Manuel Gonzalez pedía á la Religion sus aguas lustrales y á los sacerdotes sus *responsos* para imprimir á sus adquisiciones cualquier sello venerable al pueblo. . . . La adquisicion era su pasion dominante y con creciente fiebre la venia ejerciendo desde el segundo año de su Gobierno. . . . Un barrio entero de la capi-

tal de la República era poco para saciar pasión tan ferviente. Se dedicó á adquirir haciendas. . . . A favor de los buenos oficios de un juez de Morelia le fué adjudicada, á título de postor sobrepujante en remate convencional, una hacienda de Michoacan llamada "Laureles." Prestó á un su compadre doscientos mil pesos para que comprase una hacienda del Valle llamada "Chapingo," y como el compadre no llevaba trazas de pagar el préstamo, prefirió perder el compadre á perder el dinero, y se quedó con Chapingo, inmenso hacendon donde se construyó suntuosa morada propia para satisfacer los refinamientos y voluptuosidades de un señor oriental. . . . Luego, en el Estado de Hidalgo se hizo de "Santa María Tecajete," hacienda en que los magueyes de pulque se contaban por millones; y en Tamaulipas, donde ya poseía *terrenitos* los fué ensanchando de tal manera que amenazaba hacerse dueño de todo el territorio del Estado. . . . Sobre eso, millares de acciones en bancos y ferrocarriles, participaciones en las empresas de derroche del Ministerio de Fomento y *tanto-cuantos* en las contratas para la proveduría del Ejército. . . . El millon sobre el millon. . . . Millonario

en casas, millonario en tierras, millonario en dinero y en títulos. . . . Manuel Gonzalez se encontró millonario por los cuatro costados, al empezarse el triste año de 1884. Habiendo entrado á la presidencia sin fortuna considerable, era ya en aquel tiempo la suya una de las primeras, quizá la primera del país. . . . Así, la situación de su hacienda particular frente á la hacienda pública y el estado de la nación era la de la más grande opulencia frente á la más grande ruina y miseria. . . .

#### Lo que hacia.

Habíase dispuesto Manuel Gonzalez dentro de la capital de la República y fuera de ella, en sus haciendas de Chapingo y Santa María Tecajete, casas de habitación provistas de todos los recursos que la industria extranjera y la nacional suministran al confortable y decorado de nuestra arquitectura doméstica. Eran ellas: dos casas en su barrio feudal de Peralvillo, una en la parte occi-